

La biblioteca de la Abadía sin nombre

Emilio Pascual*

EL NOMBRE DE LA ROSA

PRIMERA EDICIÓN: 1980



Umberto Eco (1932-)

De no haber existido la Biblioteca de Babel —cuyos umbrales espero que algún día nos sea otorgado traspasar—, habría merecido su nombre una laberíntica biblioteca que la precedió, o quizá solo estaba contenida en ella. Perteneció a una abadía —«un verdadero microcosmos»— situada en algún impreciso lugar de la cresta de los Apeninos, entre el Piamonte, Liguria y Francia. Era una bella abadía, y de orientación perfecta, cuyo nombre se guardó su relator de divulgar. La noticia nos llegó a través de la relación de Adso de Melk, un monje alemán del siglo XIV, que vivió algún tiempo en ella y fue testigo de excepción del destino final de su biblioteca: las llamas. Parece cosa probada que toda biblioteca singular está predeterminada a ser consumida por el fuego. *Dum veneris iudicare bibliothecam per ignem!*

Adso de Melk, amanuense y discípulo de fray Guillermo de Baskerville, empezó a sentir admiración por su maestro cuando lo creyó favorecido con el don de la adivinación o una visión preternatural de los sucesos. El maestro se encargó de recomponer la realidad, reduciendo la gracia del vaticinio a la agudeza de la observación. Destreza en la que, andando el tiempo, sería imitado por los hijos de cierto sultán de *Las mil y una noches*, y también por Zadig, el Bartolomé de Beaumarchais, el *cheva-*

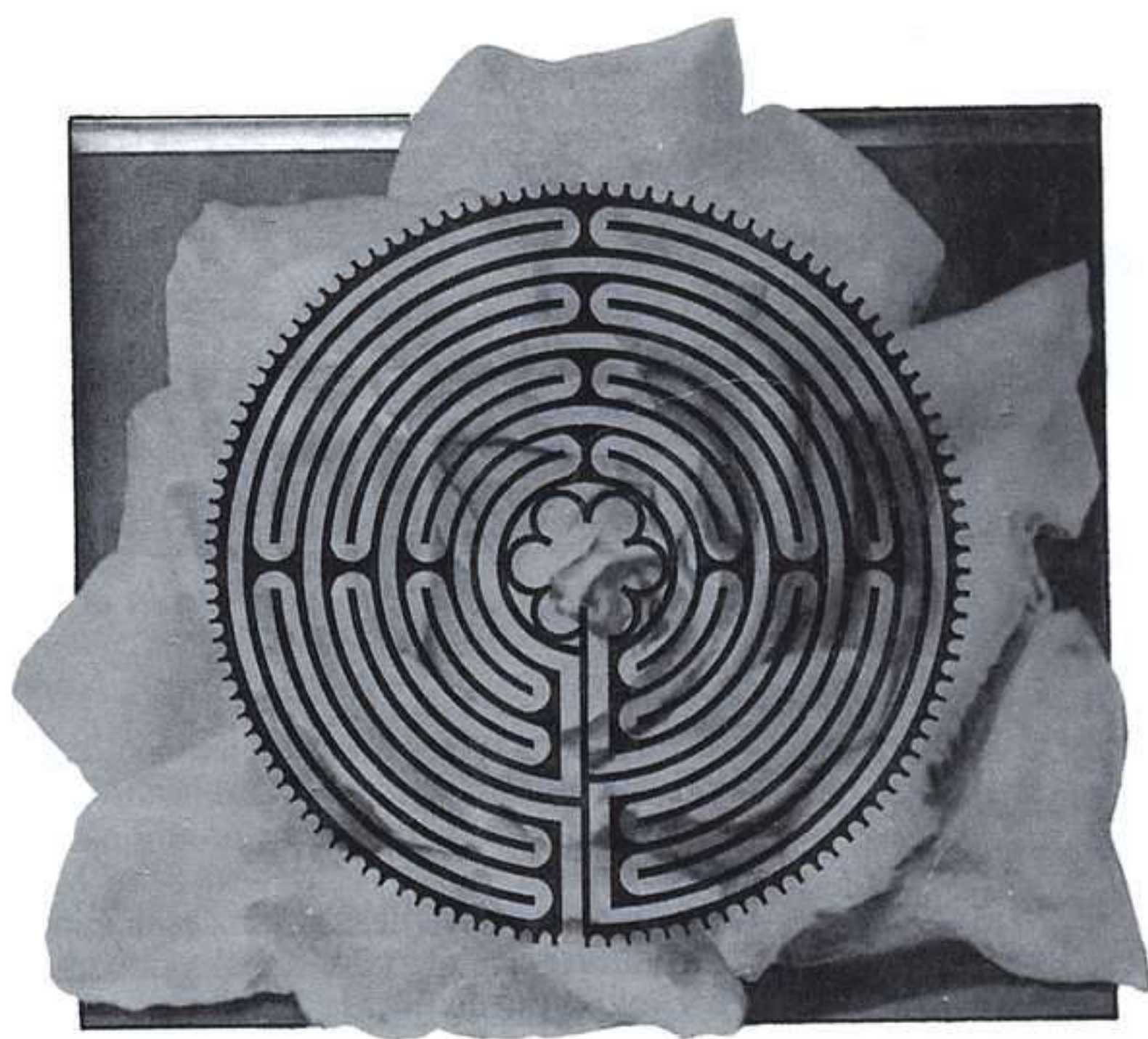
lier Auguste Dupin y, en grado eminente, por el irrepetible Sherlock Holmes.

Libros raros

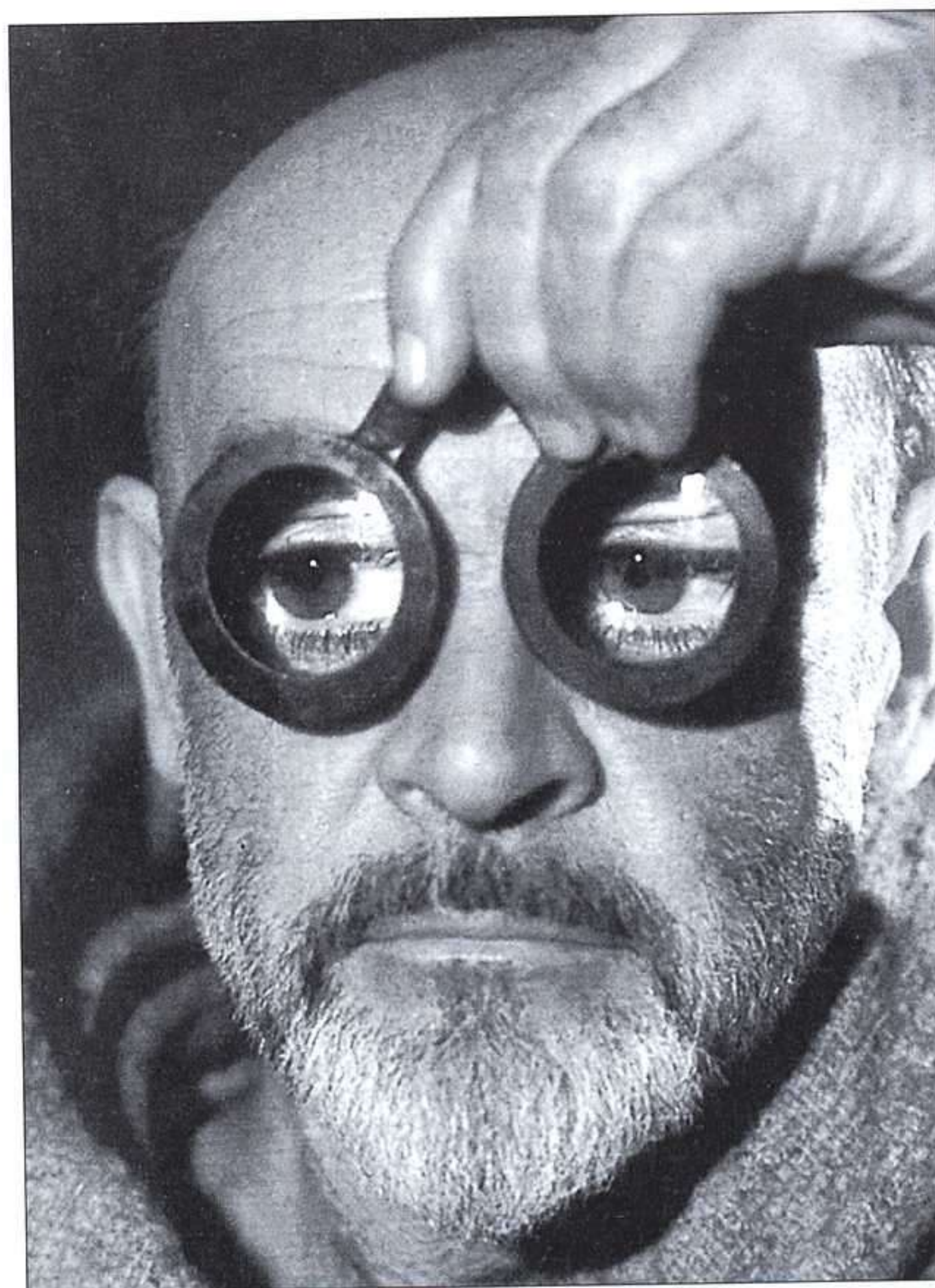
No me detendré en los sucesos sangrientos que ocuparon a fray Guillermo en aquella ardorosa semana de finales de noviembre de 1327, pues esta sección trata de libros antes que de crímenes. En la abadía sin nombre no podía faltar una biblioteca, pues, como citó su inspirado abad, *monasterium sine libris est sicut civitas sine opibus, castrum sine numeris, coquina sine suppellectili, mensa sine cibis, hortus sine herbis, pratum sine floribus, arbor sine foliis...*¹ La biblioteca tenía forma octogonal y estaba inscrita en un edificio «que de lejos parecía un tetrágono (figura perfectísima que expresa la solidez e invulnerabilidad de la Ciudad de Dios)». Todo el edificio observaba una simetría teológica: «su forma cuadrangular engendraba un torreón heptagonal, cinco de cuyos lados asomaban hacia afuera; o sea que cuatro de los ocho lados del octágono mayor engendraban cuatro heptágonos menores, que hacia afuera se manifestaban como pentágonos. Evidente y admirable armonía de tantos números sagrados, cada uno revestido de un sutilísimo sentido espiritual. Ocho es el número de la perfección de todo tetrágono; cuatro, el nú-

EL NOMBRE DE LA ROSA

Umberto Eco



Editorial Lumen



Sean Connery encarnó a Guillermo de Baskerville en la adaptación cinematográfica de *El nombre de la rosa*.

mero de los evangelios; cinco, el número de las partes del mundo; siete, el número de los dones del Espíritu Santo». ²

La biblioteca, que había sido construida según un plano secreto que ningún monje estaba llamado a conocer, habría hecho las delicias de Borges: laberintos, espejos, jeroglíficos, sustancias capaces de provocar visiones... Libros raros, como las tablas astronómicas de Al Kuwarizmi³ traducidas por Adelardo de Bath; o el *De oculis*, de Isa ibn Ali; o el *De radiis stellatis*, de Alkindi; o el *Liber monstruorum de diversis generibus*, iluminado más de dos siglos atrás por monjes irlandeses; o la *Coena Cypriani*. Había un bello ejemplar, con ilustraciones exquisitas, del *Theatrum sanitatis*, de Ububchasym de Baldach; el *De virtutibus herbarum*, de Platearius, y el de *De plantis*, falsamente atribuido a Aristóteles; estaba el *Almagesto*, Avicena, el *De*

laudibus sanctae crucis, de Rabano Mauro, todas las obras de Beda el Venerable, Virgilio, las *Púnicas*, de Silio Itálico, el poeta «peregrino» cuya cuna de marfil y oro vio rodar Rodrigo Caro en su célebre elegía *A las ruinas de Itálica...* Esta biblioteca inquietante «era al mismo tiempo la Jerusalén celestial y un mundo subterráneo situado en la frontera de la tierra desconocida y el infierno».

Su bibliotecario, Jorge de Burgos, era como una premonición. Pero Jorge de Burgos odiaba la risa, y a Aristóteles por haber escrito sobre ella. Como Sansón en el templo filisteo, él pereció con su biblioteca, y con ella ejemplares rarísimos y probablemente únicos, entre ellos el codiciado del segundo libro de la *Poética* de Aristóteles, «que todos consideraban perdido, o jamás escrito», y causa de varios asesinatos. El cronista

de la Biblioteca de Babel comprobaría que «su mismo desorden, repetido, sería un orden: el Orden». Fray Guillermo, en cambio, dedujo que había «perseguido un simulacro de orden, cuando debía saber muy bien que no existe orden en el universo». ⁴

«El libro es una criatura frágil, se desgasta con el tiempo, teme a los roedores, resiste mal la intemperie y sufre cuando cae en manos inexpertas». Lo había dicho el abad del monasterio. También puede ser una criatura venenosa en manos de un fanático bibliotecario, o un instrumento de justicia en las de un médico injustamente decapitado en una de las mil y una noches. En el último recuerdo de la investigación acechaba el fuego, y al final sobrevino la «ecpirosis». Ardió la mayor biblioteca de la cristiandad, iluminando el verdadero rostro del Anticristo, «un rostro devastado por el odio

Las
fotocopias
no
autorizadas
de libros
y revistas
son un
delito.



Centro Español de Derechos Reprográficos



Una escena de la película dirigida por Jean-Jacques Annaud, en la que arde la abadía.

hacia la filosofía», el rostro de unos de esos profetas inexorables que, dispuestos a morir por la verdad, «provocan la muerte de muchos otros, a menudo antes que la propia, y a veces en lugar de la propia». Ardió la biblioteca y con ella el monasterio.

Tres días y tres noches estuvo ardiendo la abadía. Años después solo quedaban negras ruinas y la hiedra sujetando muñones de muro. En un armario medio podrido, milagrosamente en pie, un Adso de Melk envejecido halló jirones de libros. Y mientras intentaba reconstruir un imposible jeroglífico, seguía preguntándose por las nieves de antaño y quizá por qué la rosa es sin porqué. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.

Notas

1. Tales las palabras del inspirado abad. Mi amigo Juan Tébar, que suele reprocharme el uso inmoderado de latines en época que los ignora, me recomienda y aun prescribe que, ya que no está en mi mano contener mi natural incontinencia, haga al lector la gracia de traducirlos. Y así, por esta vez, y a riesgo de insultar la no menos natural inteligencia del lector, añadiré que la frase del abad es una larga metáfora encadenada en la que recuerda que «un monasterio sin libros es como una ciudad sin murallas, un castillo sin soldados, una cocina sin cacharros, una mesa sin comida, un huerto sin hortalizas, un prado sin flores, un árbol sin hojas...».

2. Solo una disonancia hallo en tan calculada simetría: si es cierto que fray Guillermo no poseía ningún poder fuera del de su prodigiosa capacidad deductiva, ¿cómo supo Adso de Melk, en 1327, que las partes del mundo eran cinco?

3. Es innecesario recordar a nadie que la palabra *algoritmo* procede de Al Kuwarizmi, sobrenombre del matemático y astrónomo árabe del siglo IX, Abu Yafar Mohámmed Abenmusa. Las traducciones de sus obras, entre las que figuraba un tratado de *Álgebra* y unas 820 tablas astronómicas, introdujeron la matemática en la Europa medieval. En el siglo XII Adelardo de Bath tradujo al latín las tablas, uno de cuyos ejemplares ardería en nuestra biblioteca. También había un ejemplar del *Álgebra*, traducido al latín por Roberto Anglico. En el «Otro poema de los dones» daba Borges gracias «al divino laberinto de los efectos y de las causas... por el álgebra, palacio de precisos cristales»; también «por el nombre de un libro que no había leído: *Gesta Dei per francos*». Huelga decir que estaba en la biblioteca.

4. No es posible enumerar todos los libros que fray Guillermo vio y tocó: libros de medicina y cosmografía; libros de fábulas e historia, de geografía y crónicas sobre el origen del mundo; libros sobre heresiarcas y sobre el Anticristo... Pero, conociendo el rencor que Jorge de Burgos alimentaba contra la risa, no es improbable que hubiera también algunos libros que solo se mencionan en *Baudolino*, por ejemplo, el *De optimitate triparum*, de Beda el Venerable; un *Ars honeste petandi*, un *De modo cacandi*, un *De castramentandis crinibus* y un *De patria diabolorum*. Al fin y al cabo, sabemos que «los libros siempre hablan de otros libros y cada historia cuenta una historia que ya se ha contado» (*Apostillas...*). Esa heterogénea mixtura de pedos, mierda, diablos y tonsuras no podía menos de excitar la cólera del irritable bibliotecario.